

www.elboomeran.com

Hunter S. Thompson

La gran caza
del tiburón



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

The Great Shark Hunt. Strange Tales from a Strange Time
Summit Books (Simon & Schuster)
Nueva York, 1979

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

Ilustración: foto © Edmund Shea

Primera edición en «Contraseñas»: 1981

Primera edición en «Compactos»: octubre 2012

© Hunter S. Thompson, 1979

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 1981

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7698-7

Depósito Legal: B. 22474-2012

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

NOTA DEL AUTOR

*«El arte es largo y la vida corta,
y el éxito queda lejos»*

J. CONRAD

Bueno... sí, aquí estamos de nuevo.

Pero antes de poner manos a La Obra, como si dijéramos, quiero cerciorarme de que sé manejar esta elegante máquina de escribir (y sí, parece que sé)... en fin, ¿por qué no hacer esta rápida lista de la obra de mi vida y largarme de la ciudad en el de las 11,05 camino de Denver? Sí, ¿por qué no?

Pero me gustaría decir en un momento, para que conste, que es una sensación muy rara ésta de ser un escritor norteamericano de cuarenta años y de este siglo y estar sentado aquí solo en este inmenso edificio de la Quinta Avenida de Nueva York a la una de la madrugada de la noche anterior al día de Nochebuena, a unos tres mil kilómetros de mi casa, haciendo el índice de un libro de mis Obras Completas en una oficina de altas puertas de cristal que dan a una gran terraza que domina The Plaza Fountain.

Es muy raro, sí.

Tengo la sensación de que podría estar igual sentado aquí cincelandando las palabras de mi lápida... y que, al acabar, la única salida decente sería bajar directamente desde esa jodida terraza a la calle, 28 pisos y 200 metros por lo menos de aire sin obstáculos hasta la Quinta Avenida.

Nadie sería capaz de imitar ese número.

Ni yo siquiera... y en realidad la única manera de solventar este asunto es llegar a la razonable conclusión de que ya he vivido y terminado la vida que planeé vivir (me he pasado en 13 años, en realidad) y a partir de ahora todo será Una Nueva Vida, una cosa distinta, un asunto que termina esta noche y empieza mañana por la mañana.

Así que si decidiese tirarme a la calle al acabar esto, quiero dejar muy clara una cosa: me encantaría sinceramente dar ese salto, y si no lo doy lo consideraré siempre un error y una oportunidad perdida, uno de los poquísimos errores graves de mi Primera Vida que ahora está terminando.

Pero, qué demonios, lo más probable es que no lo haga (por todos los peores motivos) y probablemente termine esto y me vaya a casa a pasar las Navidades y tenga que vivir luego 100 años más con todo este galimatías de mierda que estoy amontonando.

Pero sería una salida maravillosa, caramba... y si lo hago, vosotros, cabrones, me deberéis una salva (esta palabra es «salva», maldita sea, parece ser que no manejo esta elegante máquina tan bien como creía), una salva, repito, una salva descomunal con una buena pieza del 44...

Sabéis de sobra que *podría* hacerlo si tuviese un poco más de tiempo.

¿Vale?

Sí.

HST #1, R.I.P.
23-12-77

LA GRAN CAZA DEL TIBURON

Son ahora las cuatro y media en Cozumel; asoma ya la aurora sobre estas playas de un blanco suave orientadas hacia el oeste, en el estrecho de Yucatán. A treinta metros de mi patio del Cabañas del Caribe, se mueve el oleaje, muy suavemente, sobre la playa; ahí fuera en la oscuridad, pasadas las palmeras.

Esta noche hay aquí miles de malignos mosquitos y de niguas. En este complicado hotel a pie de playa hay sesenta unidades, pero mi habitación (la número 129) es la única llena de luz y de música y de movimiento.

Tengo las dos puertas y las cuatro ventanas abiertas de par en par: un imán luminoso e inmenso para todos los insectos de la isla... Pero no me pican. Tengo cubierto todo mi cuerpo (desde las plantas de mis sangrantes y vendados pies al extremo de mi cabeza achicharrada) con repelente de insectos 6-12, un aceite barato y fétido sin más características estéticas o sociales redentoras que la de que es eficaz.

Estos malditos insectos andan por todas partes: sobre el cuadero, en mis muñecas, en los brazos, dando vueltas al borde de mi gran vaso de Bacardí Añejo con hielo... pero no hay picaduras. He tardado seis días en resolver este problema infernal de los insectos... lo que es una excelente noticia en el nivel uno, pero, como siempre, la solución de un problema no hace más que levantar otra capa y dejar al descubierto una zona nueva y más sensible.

Pero lo que menos me preocupa a estas alturas son cosas como

los mosquitos y las niguas... porque de aquí a unas dos horas y veintidós minutos tengo que salir de este hotel sin pagar una factura inadmisibles, recorrer casi cinco kilómetros costa abajo en un Volkswagen Safari alquilado que no puede pagarse, tampoco, y que puede que ni siquiera llegue a la ciudad, debido a graves problemas mecánicos; y luego sacar a mi asesor técnico Yail Bloor del Mesón San Miguel sin pagar su factura, tampoco, y luego seguir los dos hasta el aeropuerto en ese maldito cacharro Safari para coger el vuelo de Aeroméxico de las siete cincuenta para Mérida y Monterrey, donde cambiaremos de avión camino de San Antonio y Denver.

Así que nos espera un día muy agitado... hay más de tres mil kilómetros entre esto y nuestra casa, no tenemos un céntimo, diez días brutalmente caros en tres hoteles con la cuenta de crédito de Yates de Aluminio Striker, que nos arrebataron en cuanto el equipo de relaciones públicas local decidió que actuábamos de forma demasiado rara para ser lo que pretendíamos (con lo que hemos quedado reducidos a unos cuarenta y cuatro dólares extra entre los dos), con mi factura en el Cabañas rondando los seiscientos cincuenta dólares y la de Bloor en el San Miguel no mucho menos; más once días de ese coche destartado que le debemos al representante local de Avis, que me sacó cuarenta dólares en efectivo por un parabrisas roto, y que sólo Dios sabe cuánto me pedirá cuando vea en qué condiciones está ahora el coche... más unos cuatrocientos dólares de coral negro que encargamos en Chino: puño de dos pulgares, cucharillas de coca, dientes de tiburón, etc., y esa cadena de oro de dieciocho quilates de ciento veinte dólares en el mercado... además del collar de coral negro de Sandy. Necesitaremos todo el dinero disponible para el coral negro... así que cosas como las facturas de hotel y el alquiler del coche tendremos que dejarlas de lado y pagarlas con cheques, si alguien los acepta... o cargárselas a Yates de Aluminio Striker, que fue quien en realidad me metió en este embrollo. Pero la gente de Striker ya no está con nosotros; hay una hostilidad clara y abierta. Bruce, Joyce... incluso ese hipócrita disoluto de Eduardo. ¿Cómo destruimos la imagen?

Querido señor Thompson... Adjuntamos algunos datos in-

formativos sobre el crucero y el torneo de pesca internacional de Cozumel... Respecto al programa del crucero, unos catorce Strikers saldrán de Fort Lauderdale el 23 de abril, llegarán a Key West por la noche, saldrán de Key West al mediodía del 25, para asegurarnos de que bordearán la costa cubana de día, y llegarán a Cozumel a media tarde del 27 o el 28. Además de la pesca de pez vela confirmada, habrá un día dedicado sólo al marlín, el sábado 6 de mayo, en una tentativa inicial en la base de cualquier cuantía de determinar cómo está la pesca del marlín azul... Durante el torneo, todas las noches habrá cócteles a los que asistirán unas doscientas cincuenta personas, mariachis y música de la isla, etc... Nos complace mucho que pueda usted hacer el viaje... Hay vuelos diarios desde Miami a Cozumel con salida a las dos cuarenta y cinco. Necesitará usted una tarjeta de turista mexicana, que puede recoger en el Departamento de Turismo Mexicano, Bulevar Biscayne 100, departamento 612, Miami. No hacen falta fotos.

Atentamente,

Terence J. Byrne
Delegado de relaciones públicas
Yates de Aluminio Striker
Fort Lauderdale, Florida

Ciertamente... ninguna foto: sólo una tarjeta de turista, abundancia de Coppertone, un par de flamantes zapatos, una magnífica sonrisa de gringo para los funcionarios de aduana. La carta conjuraba visiones de deporte fuerte en alta mar, *mano a mano* con peces vela gigantes y marlines de récord mundial... Sacar del agua a los cabrones, izar a los tiburones con grandes garfios, fijados a una silla especial blanda Naugahyde blanca en la cabina de un crucero de alto copete... luego vuelta al puerto al oscurecer a echar un trago de ginebra con tónica, a beber unos buenos tragos en el crepúsculo, haraganeando por las frescas sillas de cubierta mientras la tripulación prepara los cebos y una banda ambulante de mariachis recorre el muelle, gimiendo quejumbrosas canciones olmecas de amor...

Oh, sí, estaba dispuesto para aquello, no había duda. Dieciséis semanas de pura política me habían dejado tambaleante al borde de la crisis nerviosa. Necesitaba un cambio, algo completamente aparte de mi línea de trabajo habitual. Cubrir la política es una prueba diabólica que acaba con la salud de uno y que exige a menudo ocho o nueve tomas seguidas (dos o tres veces por semana en la temporada punta), así que la inesperada misión de «cubrir» un torneo de pesca en alta mar en las costas de Yucatán, en Méjico, fue un alivio que agradecí después de los horrores de la campaña presidencial de 1972.

Sí. Las cosas serían distintas: buen sol, brisa marina, acostarse temprano y madrugar... Daba toda la impresión de ser un chollo: volar hasta el Caribe como invitado de los ricos ociosos, haraganear en sus barcos una semana o así y luego fabricar un articulillo para cubrir los gastos y poder comprar una moto nueva y volver a las Rocosas. El artículo en sí quedaba un poco nebuloso, pero el editor de *Playboy* dijo que no había que preocuparse. Casi todos los que habían sido lo bastante desdichados como para haber tenido tratos conmigo desde el final de la campaña parecían convencidos de que yo tenía la urgente necesidad de tomarme unas vacaciones (un período de recuperación, una posibilidad de refresco) y este torneo de pesca de Cozumel parecía lo ideal. Me sacaría la política de la cabeza, decían, y me obligaría a seguir nuevo rumbo: a salir del valle de los muertos y a volver a la tierra de los vivos.

Pero había algo más: yo acababa de *volver* de «vacaciones». Era la primera vez que lo había intentado, o al menos la primera que lo había intentado desde que me echaron de mi último trabajo regular el día de Navidad de 1958, cuando el director de producción de la revista *Time* rompió mi tarjeta perforada en un ataque de furia tartamudeante y me dijo que me largara de allí. Había estado en paro desde entonces (en el sentido formal de la palabra) y cuando llevas sin trabajar fijo catorce años, es casi imposible relacionarse con una palabra como vacaciones.

Así que estaba sumamente nervioso cuando las circunstancias me empujaron, a finales del invierno del 72, a coger un avión e irme a

Cozumel con mi mujer, Sandy, con el objeto de no hacer nada en absoluto.

Tres días después me quedé sin respiración en una resaca, a treinta metros de profundidad, en los Arrecifes de Palancar, y tan a punto estuve de ahogarme, que luego me dijeron que había tenido suerte de acabar sólo con un caso grave de aeroembolismo. La cámara de descompresión más próxima estaba en Miami, así que alquilaron un avión y me facturaron hacia allí aquella misma noche.

Pasé los diecinueve días siguientes en una esfera presurizada de un sitio que quedaba en el centro de Miami, y, cuando al fin salí, la factura era de tres mil dólares. Mi mujer logró localizar a mi asesor jurídico en una comuna de drogadictos de los arrabales de Mazatlán. Voló inmediatamente a Florida e hizo que los tribunales me declarasen pobre de solemnidad para poder salir de aquello sin problemas legales.

Volví a Colorado con la idea de descansar por lo menos seis meses. Pero a los tres días de llegar a casa, llegó este encargo de cubrir un torneo de pesca. Era natural, decían, porque yo ya estaba familiarizado con la isla. Y, además, necesitaba salirme un poco de la política.

Lo cual era cierto, en parte... pero yo tenía, además, razones personales para querer volver a Cozumel. La noche antes de mi inmersión con escafandra autónoma en los Arrecifes de Palancar, había guardado cincuenta unidades de MDA pura en la pared de adobe de la piscina de los tiburones del acuario local, cerca del Hotel Barracuda... y este tesoro no se había apartado de mi pensamiento mientras me recuperaba del aeroembolismo en el hospital de Miami.

Así que cuando me llegó el encargo de Cozumel, cogí el coche y fui inmediatamente a la ciudad a consultar con mi viejo amigo y compinche de drogas Yail Bloor. Explicué las circunstancias con todo detalle, luego pedí consejo.

—Está clarísimo —masculló—. Tenemos que bajar hasta allí inmediatamente. Tú te encargarás de los pescadores, de la droga me encargo yo.

Estas fueron las razones por las que volví a Cozumel a finales de abril. Ni el director ni los pescadores deportivos de alto copete de la tripulación tendrían la menor idea de mi verdadera razón para

hacer el viaje. Bloor lo sabía, pero tenía un interés encubierto en mantener el secreto porque yo le llevaba a él, incluido en el presupuesto, como «asesor técnico». A mí me parecía muy razonable: para informar sobre una situación sumamente competitiva, necesitas que te ayude alguien en quien tengas plena confianza.

Cuando llegué a Cozumel el lunes por la tarde, todos los individuos de la isla que tenían algo que ver con el negocio del turismo estaban medio locos de emoción ante la idea de tener entre ellos una semana o diez días a un auténtico «escritor de PLAYBOY» de la vida real. Cuando bajé del avión de Miami, me recibieron como a Búfalo Bill en su primer viaje a Chicago: había una manada entera de especialistas en relaciones públicas esperando el avión, y tres de ellos por lo menos estaban esperándome *a mí*: ¿Qué podían hacer por mí? ¿Qué *quería* yo? ¿Cómo podían hacerme la vida agradable?

¿Llevar mis maletas?

Bueno... ¿por qué no?

¿Adónde?

Bueno... Hice una pausa, percibiendo una inesperada apertura que podía llevar casi a cualquier parte...

—Creo que tengo que ir al Cabañas —dije—. Pero...

—No —dijo uno de los porteadores—. Tiene usted una suite de prensa en el Cozumeleño.

Me encogí de hombros.

—Cualquiera está bien —murmuré—. Vamos.

Yo le había pedido al agente de viajes de Colorado que me consiguiera uno de esos jeeps Volkswagen Safari (del mismo tipo que el que había tenido en mi último viaje a Cozumel), pero la bandada de relaciones públicas del aeropuerto insistía en llevarme directamente al hotel. Mi jeep, me dijeron, me sería entregado en el plazo de una hora, y, entre tanto, me trataron como a una especie de dignatario de alto nivel: unas cuantas personas llegaron realmente a llamarme «señor Playboy» y los demás no hacían más que tratarme de «Sir». Me metieron en un coche que estaba esperando y salimos por la autopista de dos carriles, cruzando la selva de palmeras

camino del Sector Norteamericano, un racimo de hoteles a pie de playa en el extremo nordeste de la isla.

Pese a mis débiles protestas, me llevaron al hotel más nuevo, mayor y más caro de la isla: una inmensa mole de hormigón de un blanco firme que me recordaba la cárcel de la ciudad de Oakland. En recepción, nos saludaron el director, el propietario y varios empleados que explicaron que el ruido terrible y martilleante que oía eran sólo los obreros que estaban dando los últimos toques a la tercera planta de lo que habría de ser un coloso de cinco pisos.

—Ahora tenemos sólo noventa habitaciones —explicó el director—. Pero en Navidades tendremos trescientas.

—¡Santo Dios! —mascullé.

—¿Qué?

—Nada, nada —dije—. Están haciendo ustedes aquí una cosa tremenda, de eso no hay duda. Es de lo más impresionante en todos los sentidos. Pero lo curioso es que yo creía que tenía reservas en el Cabañas.

Y añadí un simpático gesto y una sonrisa, ignorando la sobrecogedora frialdad que empezaba ya a asentarse sobre nosotros.

El director soltó una inconexa carcajada que parecía tos.

—¿El Cabañas? No, *señor* Playboy. El Cozumeleño es *muy distinto* al Cabañas.

—Sí —dije yo—. Eso se ve enseguida.

El botones maya había desaparecido ya con mis maletas.

—Le hemos reservado una suite —dijo el encargado—. Creo que quedará satisfecho.

Su inglés era muy preciso, su sonrisa extrañamente impenetrable... y era evidente, con sólo echar un vistazo a aquel comité de bienvenida de campanillas, que iba a ser su huésped por lo menos una noche... Y en cuanto se olvidaran de mí, escaparía de aquel depósito de cadáveres inmerso de hormigón y me ocultaría en la cómoda paz decadente y sombreada de palmeras del Cabañas, donde me sentía más en casa.

En el viaje desde el aeropuerto el relaciones públicas, que llevaba una gorra azul de béisbol y un niqui de manga corta blanquiazul muy elegante, ambos etiquetados con la insignia resplandeciente de STRIKER, me había explicado que el propietario de aquel inmen-

so hotel nuevo, el Cozumeleño, pertenecía a la familia que era dueña de la isla.

—La mitad de la isla es suya —dijo, con una sonrisa—. Y lo que no es suyo lo controlan completamente, con la licencia de combustible.

—¿Licencia de combustible?

—Sí —dijo el relaciones públicas—. Controlan cada litro de combustible que se vende aquí: desde la gasolina que usamos en este jeep hasta el gas de las cocinas de todos los restaurantes de los hoteles e incluso hasta el combustible de los reactores del aeropuerto.

No hice mucho caso a esta charla, por entonces. Me parecía el mismo tipo de cuento ruin y servil que puede esperarse de un adorador del poder, como suelen ser los relaciones públicas en todas partes, cuando hablan de cualquier tema y en cualquier situación...

Mi problema estaba claro desde el principio. Yo había ido a Cozumel (al menos oficialmente) para cubrir no sólo un torneo de pesca sino un *ambiente*: le había explicado al director que la pesca deportiva de este género atrae a un tipo determinado de gente y que lo que a mí me interesaba era la conducta de esta gente, más que la pesca. En mi primera visita a Cozumel había descubierto el puerto pesquero por puro accidente una noche en que Sandy y yo andábamos en coche por la isla, más o menos desnudos, bien cargados de MDA y la única razón de que localizásemos el puerto de yates fue que me equivoqué en una curva hacia la media noche e intenté (sin darme cuenta de lo que estaba haciendo) saltarme un control de carretera vigilado por tres soldados mexicanos con metralletas que había a la entrada del único aeropuerto de la isla.

Recuerdo que fue un momento difícil y ahora que lo analizo desde aquí, sospecho que aquel polvillo blanco y mohoso que habíamos tomado probablemente fuese algún tipo de tranquilizante para animales en vez de auténtico MDA. Hay muchísimo PCP en el mercado de drogas en estos tiempos; si alguien quiere poner en coma a un caballo, puede comprarlo fácilmente en... bueno... no quiero decirlo.

En cualquier caso, estábamos cargados... y después de que los guardias armados del aeropuerto nos hicieron retroceder, cogí el primer camino despejado que vi y acabamos en el puerto de los yates, donde había una fiesta en marcha. Oí el ruido como a medio kilómetro de distancia, así que me fui guiando por la música y crucé la autopista y unos doscientos metros de una rampa empinada cubierta de yerba hasta el muelle. Sandy se negó a salir del jeep, diciendo que aquél no era el tipo de gente con quien le apetecía mezclarse, dadas las circunstancias, así que la dejé acurrucada en una manta en el asiento delantero y me acerqué solo al muelle. Era exactamente el tipo de escena que yo estaba buscando: unos 35 blancos ricos completamente borrachos de sitios como Jacksonville y Pompano Beach, rondando por allí a media noche, en aquel puerto mexicano, con sus cruceros de doscientos mil dólares, maldiciendo a los nativos por no proporcionar suficientes putas adolescentes que hiciesen juego con la música de los mariachis. Era una escena de decadencia absoluta y me sentía allí como en casa. Empecé a mezclarme con la gente y a intentar alquilar un bote para la mañana siguiente... lo cual resultó muy difícil, porque nadie era capaz de entender lo que decía.

¿Qué demonios pasa aquí?, me preguntaba. ¿Tiene anfetamina esta droga? ¿Por qué no puede entenderse esta gente?

Una de las personas con quienes estaba hablando era un tipo de Milwaukee, propietario de un Chris-Craft de veinte metros. Había llegado de Key West aquella tarde, dijo, y lo único que parecía interesarle de verdad en aquel momento era la «chica argentina» con la que forcejeaba en la popa. La chica tenía unos quince años, pelo rubio oscuro y ojos enrojecidos, pero era difícil verla bien, porque «Capitán Tom» (así fue como se presentó él) estaba doblado sobre ella encima de una caja de cebos de gomaespuma llena de cabezas de delfines, intentando sorberle la clavícula al tiempo que hablaba conmigo.

Le dejé al fin y encontré a un patrón de pesca local que se llamaba Fernando Murphy, que estaba tan borracho que podíamos comunicarnos perfectamente, aunque él hablaba poco inglés.

—De noche no hay pesca —dijo—. Venga a mi oficina de la plaza del pueblo mañana y ya le alquilaré una buena embarcación.

—Maravilloso —dije—. ¿Cuánto costará?

Soltó una carcajada y cayó contra una rubia descolorida de Nueva Orleans que estaba demasiado borracha para poder hablar.

—Para usted —dijo—, ciento cuarenta dólares al día... y pesca *garantizada*.

—Magnífico —dije—. Estaré allí al amanecer. Tenga la embarcación preparada.

—¡*Chingado!* —gritó.

Dejó caer el vaso sobre el muelle y empezó a forcejear con sus propios omoplatos. Aquello me sorprendió muchísimo, pues, por unos instantes, no me di cuenta de lo que pasaba... hasta que vi a un tipo de ciento veinte kilos, con vaqueros y gorra de béisbol roja, riéndose a carcajadas en la parte baja de la popa de una embarcación próxima llamada Black Snapper, y vi que había enganchado a Murphy por la camisa con una caña de marlín de doce kilos e intentaba izarle.

Murphy retrocedió tambaleante, gritando «¡*Chingado!*» otra vez, mientras caía de costado sobre el muelle rompiéndose la camisa. En fin, pensé, no tiene objeto intentar hacer negocios con esta gente esta noche y, en realidad, no salí a pescar siquiera en aquel viaje. Pero el tono vulgar general de aquella fiesta se me quedó grabado: una caricatura en vivo de basura blanca desmadrada en playas extranjeras; un reportaje asombroso, y no sin cierto grado de interés humano.

El primer día del torneo, pasé ocho horas en el mar a bordo del probable ganador: un striker de 54 pies llamado Sun Dancer, propiedad de un próspero industrial de mediana edad, Frank Oliver, natural de Palatka, Florida.

Oliver dirigía una flota de embarcaciones en el Canal Interior de Jacksonville, según dijo, y Sun Dancer era la única embarcación del puerto de Cozumel en la que ondeaba una bandera confederal. Había invertido en él «unos trescientos veinticinco mil» (incluyendo la red de enchufes empotrados de la aspiradora, para poder limpiar

las mullidas alfombras) y, aunque dijo que se pasaba «unas cinco semanas al año» en el barco, era un pescador muy serio y se proponía ganar el torneo.

Con este fin, había contratado a uno de los mejores capitanes de embarcaciones pesqueras del mundo (un tipejo nervioso llamado Cliff North), dejando en sus manos el Sun Dancer por un año. North es una leyenda viva en el mundo de la pesca deportiva y la idea de que Oliver le contratase como capitán no resultaba del todo aceptable para los demás pescadores. Uno de ellos explicó que era como si un jugador de golf rico de fin de semana contratase a Arnold Palmer para que jugase por él la final del campeonato. North vive en el barco con su mujer y dos jóvenes «ayudantes» que hacen todas las tareas serviles, y durante los diez meses del año en que Oliver no está, alquila el Sun Dancer a todo el que pueda pagar la tarifa. Lo único que tiene que hacer (a cambio de esta sinicura) es asegurar que Oliver gane los tres o cuatro torneos de pesca en los que tiene tiempo para participar durante el año.

Gracias a North y a su buen manejo de la embarcación, Frank Oliver figura ya en los libros de récords de pesca deportiva como uno de los mejores pescadores del mundo. Que Oliver pudiera o no ganar algún torneo sin North y sin Sun Dancer es tema que ha levantado mucha polémica y de algún que otro comentario duro entre los profesionales de la pesca deportiva. Ni siquiera los pescadores más egoístas negarán que un buen barco y un buen capitán al mando del mismo son factores decisivos en la pesca en alta mar; pero hay una clara división de opiniones entre los pescadores (que son básicamente aficionados ricos) y los profesionales (los capitanes de embarcación y las tripulaciones) respecto al valor relativo de cada actividad.

Casi todos los profesionales con quienes hablé en Cozumel se mostraban reacios, en principio, a hablar de este tema (al menos para la grabadora), pero después de tres o cuatro tragos acababan, invariablemente, sugiriendo que los pescadores eran más un peligro que una ayuda y, como regla general, podías pescar más si sujetabas simplemente la caña en una abrazadera al final de la popa y dejabas que el pez hiciera el trabajo. Después de dos o tres días en los barcos, el cálculo más generoso que pude conseguir de los profe-

sionales fue que aun el mejor pescador significa como mucho un diez por ciento, más o menos, en un torneo, y que la mayoría constituían un obstáculo.

—Dios del cielo —dijo un capitán veterano de Fort Lauderdale una noche en un bar de un hotel local—, ¡si te contase las cosas que he visto hacer a esos imbéciles, no te lo creerías!

Se reía, pero era una risa nerviosa y su cuerpo parecía estremecerse al evocar aquellos recuerdos.

—Una de las personas para quienes trabajo —explicó— tiene una mujer que está sencillamente loca. No quiero que me interpretes mal, cuidado, la aprecio mucho como persona, pero cuando se pone a pescar, maldita sea, me gustaría trocearla y echar los pedacitos a los tiburones.

Hizo una pausa y bebió un largo trago de su ron con coca-cola.

—Sí, me fastidia decirlo, pero no sirve para otra cosa... Cebo de tiburón y nada más... Dios mío, el otro día estuvo a punto de matármeme. Enganchó un pez vela grande y cuando pasa eso tienes que moverte muy rápido, ¿sabes? Pero, de pronto, oigo que se pone a chillar como una loca y cuando miro desde el puente, ¡se había enganchado el pelo en el carrete!

Soltó una carcajada y luego continuó:

—¡Maldita sea! ¡Es increíble! ¡Estuvo a punto de arrancarse el cuero cabelludo! Tuve que *saltar* abajo, más de cuatro metros de altura, la cubierta húmeda y la mar estaba mal, el barco se movía mucho... en fin, tuve que cortar el cordel con el cuchillo. ¡Si tardo diez segundos más, se queda sin pelo!

Pocos pescadores (y, sobre todo, los ganadores como Frank Oliver) aceptan esta proporción de 90-10 de que hablan los profesionales.

—La relación es básicamente de *trabajo de equipo* —dice Oliver—, es como una cadena sin eslabones débiles. El pescador, el capitán, la tripulación, el barco: todos son básicos, funcionan como un engranaje.

Bueno... quizás. Oliver ganó el torneo con veintiocho peces vela en los tres días válidos. Pero pescaba *sólo* en el Sun Dancer (una

embarcación tan lujosamente pertrechada que podría haber pasado por el rincón náutico del apartamento que tiene Nelson Rockefeller en la Quinta Avenida) y con el Arnold Palmer de la pesca deportiva en el puente. La mayoría de sus adversarios pescaban, en grupos de dos y tres, en embarcaciones alquiladas que les asignaron al azar, con capitanes gruñones y despectivos a quienes habían visto por primera vez en su vida el día anterior por la mañana.

—El competir con Cliff North es ya un problema bastante grave —decía Jerry Haugen, capitán de un pobre cascarón llamado Lucky Striker—, pero si tienes que ir contra North y sólo *un* pescador, con todo dispuesto exactamente tal como *él quiere*, la cosa resulta prácticamente imposible.

Pero las normas de la pesca deportiva en gran escala no se oponen a ello. Si Bebe Rebozo decidiese coger prestados quinientos mil dólares del Pentágono sin intereses y participar en el torneo de pesca de Cozumel con el mejor barco que pudiera comprar y con una tripulación de infantes de marina del ejército de Estados Unidos especialmente adiestrada, competiría en mi misma base, aunque yo entrase en el asunto con un viejo barco fluvia! y una tripulación de políticos enloquecidos por las drogas del Meat Possum Athletic Club. Según las reglas, estaríamos en igualdad de condiciones... Y mientras Bebe podría pescar sólo en su barco, los organizadores del torneo podrían asignarme un trío de pescadores de pesadilla como San Brown, John Mitchell y Baby Huey.

¿Podríamos ganar? Imposible. Pero nadie relacionado con ese torneo olvidaría jamás la experiencia... que fue casi lo que en realidad pasó, por otras razones. Hacia el tercer día del torneo, o puede que fuese el cuarto, yo había perdido todo el control de mis tareas informativas. Hubo un momento, cuando Bloor se desmadró y desapareció durante treinta horas, en que me vi obligado a sacar a rastras a un drogadicto del único club nocturno de la isla y ponerlo a trabajar como «observador especial» de *Playboy*. Pasé el último día del torneo a bordo del Sun Dancer esnifando coca en la popa y explicándole balbucientes y disparatadas historias a North, mientras el pobre Oliver se debatía desesperadamente por mantener su ventaja de un pez sobre la maníaca tripulación del Lucky Striker de Haugen.

La noche del jueves fue sin duda el punto culminante. La relación que Bloor y yo pudiésemos haber establecido con la gente de Striker estaba desvaneciéndose ya después de tres días de conducta cada vez más extraña y de la actitud antisocial que manifestamos palpablemente en el gran cóctel de Striker en el bar de la playa de Punta Moreña, que fue algo claramente inaceptable. Al anochecer, casi todo el mundo estaba borracho perdido y la cota de fealdad era elevada. Allí estaban todos aquellos grandes pescadores (prósperos negociantes de Florida, la mayoría) insultándose y riéndose unos de otros como luchadores callejeros de Harlem Este poco antes de una pelea largamente esperada:

—¡Eh, tú, pijo barrigudo! ¡Tú no serías capaz de enganchar un pez ni en un barril!

—Cuidado con lo que dices, imbécil: ¡estás pisando a mi mujer!

—¿A la mujer de quién, cara de sebo? No me pongas la mano encima.

—¿Dónde está ese camarero de mierda? ¡Mozo! ¡Mozo! ¡Aquí! Tráigame otro trago, ¿quiere?

—A ver qué te parece, amigo, ¿por qué no nos vamos ahora mismo a pescar? Tú y yo solos... Van mil pavos, ¿hace? Vamos, dime, ¿qué te parece?

La gente andaba dando traspies por la arena con platos llenos de macarrones fríos y salsa de gambas. De vez en cuando, alguien sacaba una de las tortugas gigantes del tanque del patio y se la echaba a la cara a algún espectador de ojos vidriosos, riéndose a carcajadas y luchando por sostener aquel bicho, que agitaba sus grandes aletas verdes frenéticamente en el aire y lanzaba un chorro de pútrida agua de tortuga sobre todos los que se encontraban en un radio de tres metros...

—Ven: ¡quiero que conozcas a mi amiga! Te hará un trabajo de primera. ¿Estás muy caliente?

No era una escena muy adecuada para abordarla con la cabeza llena de ácido. Bebimos copiosamente, intentando actuar con naturalidad, pero la droga nos separaba claramente de todo aquello. Bloor pasó a obsesionarme con la idea de que estábamos entre un grupo

de avaros borrachos que tenían el propósito de convertir Cozumel en un Miami Beach mejicano... lo cual era verdad, en cierto modo, pero él insistía en la cuestión con un celo que provocaba amargo resentimiento en todos los grupos en los que intervenía. De pronto, me lo encontré gritándole al director del hotel en que paraba:

—¡Sois todos una pandilla de mierdas dispuestos a amasar dinero como sea! Todos esos cuentos sobre *turismo y desarrollo*. ¿Qué queréis organizar aquí, otro Aspen?

El tipo del hotel no entendía nada.

—¿Qué *es* Aspen? —preguntó—. ¿Pero de qué habla?

—Sabes muy bien de qué hablo, ¡cabrón de mierda! —gritaba Bloor—. Esos asquerosos hoteles de hormigón que estáis construyendo por la playa, esos puestecitos de asquerosos perros calientes...

Crucé corriendo el patio y le agarré por el hombro.

—Cálmate, Yail —dije, intentando centrar por lo menos uno de mis ojos en el tipo con quien él hablaba—. Es que no se ha adaptado aún al cambio de altura.

Intenté sonreírle, pero me di cuenta de que no funcionaba... una mueca drogada, ojos desquiciados y movimientos demasiado espasmódicos. Oía mis propias palabras, pero las palabras no tenían el menor sentido.

—Aquellas condenadas iguanas por toda la carretera... vimos como ciento ochenta o así allí en la curva, atrás... Yail agarró el freno de mano en cuanto vio todos aquellos bichos, y lo arrancó, sí... menos mal que llevábamos esos neumáticos especiales para nieve. Es que vivimos en un sitio que queda a cinco mil pies de altura, sabe, allí la presión atmosférica es mínima, pero aquí, a nivel del mar, la sientes como una prensa de tornillo que te estuviera aplastando el cerebro... y es algo que no hay manera de evitar, ni siquiera puedes pensar a derechas...

Nadie sonreía; yo balbucía descontrolado y Bloor seguía aún aullando contra los que «violaban la tierra». Le dejé y me fui hasta el bar.

—Nos vamos —dije—, pero quiero un poco de hielo para el camino.

El camarero me dio una taza de pepsi-cola llena de trocitos de hielo casi licuados.